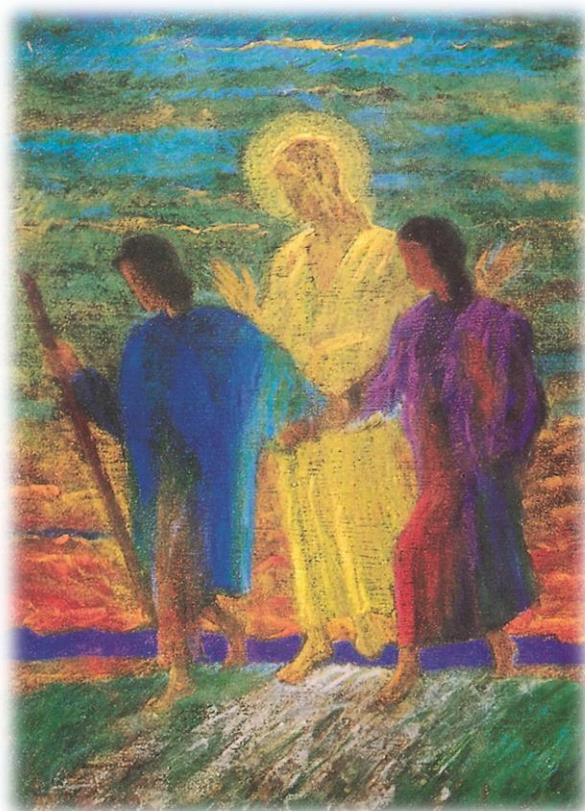


# TRADITIO SCALABRINIANA

Sussidi per l'approfondimento



23

Giugno 2016

**Comitato di redazione**

Anna Fumagalli, mss, Elizabeth Pedernal, mscs, Alfredo Gonçalves, cs

**Layout:**

Elizabeth Pedernal, mscs

*TRADITIO*  
**SCALABRINIANA**  
Sussidi per l'approfondimento

23  
**Giugno 2016**



~PRESENTAZIONE ~ APRESENTAÇÃO ~  
~PRESENTATION ~ PRESENTACIÓN~

In questo numero dei Sussidi alla Traditio Scalabriniana ci concentriamo su tre termini: compassione, fede e viaggio. Tre aspetti che vengono focalizzati grazie a esperienze diverse che idealmente si intrecciano e che diventano ricchezza comune. Una ricchezza che è profondamente spirituale, ma che poi si traduce in un modo per vivere al meglio l'esperienza dell'accoglienza dei migranti.

Padre Sergio Olivio Geremia ci racconta il viaggio nella sua “stazione di Milano”. Proprio come quella che ha vissuto Giovanni Battista Scalabrini, Padre Sergio guarda la sua stazione – ai confini del mondo, come direbbe Papa Francesco - dagli occhi di un migrante. Lo fa con la sua esperienza da sacerdote che, in viaggio per la Bolivia, viene giudicato come “non gradito” da quel Paese e lì verrà detenuto ingiustamente.

Anna Fumagalli riprende “la fede è partenza” concetto di don Andrea Santoro, sacerdote ucciso dieci anni fa in Turchia, dove si trovava come missionario fidei donum. Queste parole, spiega, sintetizzano splendidamente la storia di Abramo non solo perché la Bibbia incomincia a raccontarla con l'avvenimento di una partenza, ma anche perché l'esperienza del 'partire' segna tutta la sua storia.

Poi, la compassione: come quella trattata da suor Zenaide Colle affrontandola sia nel nostro modo di essere sia in quello di Gesù. Medita sul nostro modo di essere seguendo la parabola del buon samaritano raccontata nel Vangelo di Luca. Suor Zenaide illustra come applicare quella vicenda nella nostra azione evangelizzatrice, vivendola con gli elementi fondamentali della spiritualità scalabriniana, cioè l'accoglienza, l'itineranza e la comunione nella diversità.



*Neste número dos subsídios à Traditio Scalabriniana concentramo-nos sobre três temas: compaixão, fé e viagem. Três aspectos que são focalizados graças a experiências diversas que idealmente se entrecruzam e que se tornam riqueza comum. Uma riqueza que é profundamente espiritual, mas que também se traduz em um modo para melhor viver a experiência da acolhida aos migrantes.*

*Padre Sérgio Olivio Geremia narra-nos a viagem pela sua “estação de Milão”. Da mesma forma que aquela vivida por João Batista Scalabrini, Padre Sérgio olha a sua estação – nos confins do mundo, como diria o Papa Francisco – com os olhos de um migrante. Ele o faz com a sua experiência de sacerdote que, em viagem pela Bolívia, acaba sendo tido como “indesejado” por aquele país e ali será injustamente detido.*

*Anna Fumagalli retoma “a fé é parida”, palavras de Pe. Andrea Santoro, sacerdote morto há dez anos na Turquia, onde se encontrava como missionário “fidei donum”. Essas palavras, explica, sintetizam de forma esplêndida a história de Abraão, não somente porque a Bíblia começa a narrá-la com a ocorrência de uma partida, mas também porque a experiência de “partir” marca toda a sua vida.*

*Depois, a compaixão: como aquela tratada pela Ir. Zenaide Colle, apresentando-a seja em nosso modo de ser, seja naquele de Jesus. Reflete sobre o nosso modo de ser seguindo a parábola do bom samaritano transmitida pelo Evangelho de Lucas. Ir. Zenaide ilustra como aplicar aquele comportamento em nossa ação evangelizadora, vivendo-a com os elementos fundamentais da espiritualidade scalabriniana, a itinerância e a comunhão na diversidade.*



In this issue of *Traditio Scalabriniana*, we focus on three terms: compassion, faith and journey. Three aspects that are focused from side to side in different experiences that ideally are intertwined and that become the common wealth. A richness that is deeply spiritual, but which then results in a way to better enjoy the experience of welcoming of migrants.

Father Sergio Olivio Jeremiah, cs tells us the journey in his "Milan Station". Just like the one lived by John Baptist Scalabrini, Father Sergio looks at his station - at border of the world , as Pope Francis would say - from the eyes of a migrant. He does it with his experience as a priest, journeying to Bolivia, was judged as "unwelcomed" from that country, and there he was detained unjustly.

Anna Fumagalli presents that "faith departs" from the concept of Father Andrea Santoro, a priest murdered ten years ago in Turkey, where he was as a missionary *fidei donum*. These words, as she explains beautifully by summarizing the story of Abraham, it is not only because the Bible begins to tell it with the advent of a departure, but also because the experience of the 'departure' marks throughout in the story.

Finally, compassion: as discussed by Sister Zenaide Colle, mscs is confronting us in our way of being and in that of Jesus. This meditation reflects on the way we are following the parable of the Good Samaritan as told in the Gospel of Luke. Sister Zenaide illustrates how to apply that story in our evangelization, living it with the basic elements of Scalabrinian spirituality, namely the acceptance, itinerancy and communion in diversity.



*En este número de los subsidios de la Traditio Scalabriniana nos centramos en tres términos: la compasión, la fe y el viaje. Tres aspectos que están enfocados gracias a las diferentes experiencias que, idealmente, se entrelazan y que se convierten en la riqueza común. Una riqueza que es profundamente espiritual, pero que a su vez se traduce en una forma de vivir de la mejor manera la acogida de los migrantes.*

*Padre Sergio Olivio Geremia nos cuenta el viaje en su "Estación de Milán". Igual a la que vivió Juan Bautista Scalabrini, Padre Sergio mira a su estación - en el fin del mundo, como diría el Papa Francisco – desde los ojos de un migrante. Lo hace con su experiencia de sacerdote, que viajando a Bolivia, es juzgado como "indeseable" de ese país, y fue detenido injustamente.*

*Anna Fumagalli retoma "la fe es partida" concepto del P. Andrés Santoro, sacerdote asesinado hace diez años en Turquía, donde fue como misionero fidei donum. Estas palabras, explica, sintetizan espléndidamente la historia de Abraham, no sólo porque la Biblia empieza a contar con el advenimiento de una partida, sino también porque la experiencia del 'partir' marca toda su historia.*

*Entonces, la compasión: como la presenta la hermana Zenaide Colle abordándola sea en nuestro modo de ser, sea en el de Jesús. Medita en nuestro modo de ser según la parábola del buen samaritano contada en el Evangelio de Lucas. Hermana Zenaide ilustra cómo aplicar ese episodio en nuestra acción evangelizadora e, viviéndola con los elementos fundamentales de la espiritualidad scalabriniana, es decir, la acogida, la itinerancia y la comunión en la diversidad.*





*El don del Espíritu dado a Scalabrini  
continúa vivo en cuantos el Señor llama a ser  
partícipes de este carisma.  
(Texto base de la Traditio Scalabriniana, 2)*

## **Testimonio**

### **Mi estación de Milán**

P. Sergio Olivo Geremia, cs

Relata la historia, que la Comunidad Scalabriniana, nació, del impacto que le causó a su fundador, el Beato Juan B. Scalabrini, el observar la penuria de unos 30 emigrantes, en la estación del Ferrocarril en la ciudad de Milán, en Italia. De ahí el título de mi pequeña crónica.

Mi historia de sacerdote de los inmigrantes, se resume en tres etapas.

La primera de ellas: Siendo aún estudiante de filosofía en el Seminario San Juan XXIII, ante nuestra insistencia, el padre rector nos permitió a cuatro seminaristas, realizar una actividad pastoral por un corto período los domingos en la tarde, en una “favela” muy poblada, llamada “Favela de Vergueiro”.

Para ello, entramos en contacto con el Párroco de la Parroquia “Santa Madalena” de la comunidad del “Sagrado Corazón”, en donde casi todos los domingos se celebraba en una “barraca” – salón comunitario – muy concurrida por niños, jóvenes y adultos, todos “migrantes internos”, muy pobres, procedentes del norte y el nordeste de Brasil.

Con gran entusiasmo, los domingos nos apresurábamos para llegar a la “favela”, para organizar la liturgia, que animábamos con cantos, y catequesis, todo desarrollado por tareas que nos asignábamos entre nosotros. Complementábamos estos eventos, con visitas a las familias, bendición de las casas, y un estupendo partido de fútbol, que jugábamos en una cancha polvorienta, cercana a la capilla.

Fue tal el éxito de la experiencia que nuestros condiscípulos de filosofía, se contagiaron de nuestro entusiasmo, y al año siguiente se autorizó la participación de todos los estudiantes. En esta forma comenzamos a entender lo que era ser misioneros de los migrantes y nuestra experiencia se extendió a otros lugares, a los cuales concurrían muchísimos “migrantes internos”. Fue tal el entusiasmo, que algunos fueron hasta Paraguay, aún antes de que la Provincia San Pedro abriera la primeras misiones en el año 1974.

Mi segunda etapa, comienza en la época de formación en teología, en el año de 1970. Fue incentivada por los formadores, ante la posibilidad de ejercer actividades pastorales los fines de semana, para todos los estudiantes de teología. Con tres compañeros fuimos asignados a una región del Leste de São Paulo, Región de Sapopemba, Parroquia también de Santa María Madalena, región muy extensa, de muchas carencias, con la mayoría de sus calles en pura tierra. Fui encargado de un barrio - Jardín Elba - con la misión de crear un centro de culto, en una zona de muy pocos recursos económicos. Arrancamos con un grupo de cinco personas, de cero en el garaje de la casa de un habitante del barrio, donde solo cabían 20 personas; los demás asistían a la intemperie. Una familia generosa, me albergaba las noches del sábado como un hijo más.

Transcurridos unos meses, conseguimos en préstamo un terreno, donde, con trabajo comunitario construimos un galpón sin paredes y con un techo rústico, pero con mayor espacio que el garaje. Allí al final de cada celebración los sábados y domingos, se celebraba un kermese o bazar con el fin de recolectar fondos para la compra del terreno y la construcción de una capilla. Con el apoyo anímico y económico del Vicariato de la Arquidiócesis de São

Paulo, los recursos obtenidos de los bazares y préstamos, logramos la compra del terreno. Seguidamente se inició la construcción de la capilla con mano de obra comunitaria, lo cual logramos en unos pocos meses, habiéndola colocado bajo la protección de “Nuestra Señora des Graças”. En enero de 1974 fui ordenado como diácono y a comienzos del mes de marzo del mismo año, con la asistencia del Vicario General de la Región, la capilla fue inaugurada con una gran celebración y la alegría de la comunidad.

Esta segunda etapa de mi formación sacerdotal, fue muy rica en la convivencia con “migrantes internos” de Brasil, porque aprendí de ellos sus experiencias en los desplazamientos, su religiosidad y su cooperación con la comunidad. Igualmente aprendí a ser pastor recorriendo la vida codo a codo con ellos, y por sobre todo aprendí más sobre la humildad. Años después supe que la comunidad había sido constituida en parroquia, y nuestra capilla transformada en una construcción de mayor capacidad, con el mismo nombre de “Nossa Senhora das Graças”. Hoy mi deseo, antes de morir, es volver a ver esta región, después de transcurridos 41 años de mi pasaje por dicho lugar.

Mi tercera etapa: El 29 de diciembre de 1974 fui ordenado sacerdote en mi pueblo natal, “Dois Lajeados” y a principios del mes de febrero de 1975, partía por vía terrestre hacia Buenos Aires, sede de la Provincia de San José, destino que me fue asignado para mi futura misión. Allí, en mi primer encuentro con el Superior Provincial, P. Victorio Dal Bello, fui nominado por él como Vicario colaborador del P. Pietro Bianco, en la Parroquia de Santa María Reina, en Munro, donde podría perfeccionar el idioma español y comenzaría mi actividad pastoral con inmigrantes bolivianos, desplazados en algunos barrios de la ciudad.

Inicialmente participé en el grupo encargado de la pastoral paraguaya, con el propósito de conocer el sistema que usaban para llegar al grupo y el método para socializar con ellos. También para detectar si entre ellos había algún boliviano y los lugares de su mayor concentración, para así empezar la conformación del grupo y el objetivo que me fuera encomendado, aplicando mi experiencia en el Jardín Elba, SP. Allí inicié mi aprendizaje del “Quechua”, lengua indígena que la mayoría de los bolivianos hablaban y la

razón por la cual, en noviembre de 1975, me otorgaron una beca para estudiar “Quechua” en Cochabamba, Bolivia. Con el permiso del Superior, partí para ese país, por vía terrestre, el primer de marzo de 1976, sin presentir la odisea que tendría que vivir a partir de ese momento.

Fue una travesía de dos mil kilómetros de los tres mil que debía recorrer para mi destino final, el cual me daría el conocimiento directo de todas las inclemencias y vicisitudes que deben afrontar quienes se aventuraban como emigrantes, después de la cual llegué a “La Quiaca” ciudad argentina, colindante en la frontera con Villazón, ciudad de Bolivia. Era un sábado, el día que llegamos y me tocó hospedarme en la casa de una familia amiga, de la cual afortunadamente tenía su dirección, pues no había transporte desde Villazón a Cochabamba, sino al día siguiente.

El domingo a eso de las 7:00 a.m., crucé la frontera para tomar el bus que salía a las 8:00 a.m. para mi destino final. Realicé los trámites legales de inmigración con los documentos debidos y al pasar, un agente de la policía, sin razón alguna, me ordenó subir a un Jeep que tenía a su servicio; pensé que me llevarían a la estación de autobuses, por una consideración especial por ser sacerdote. ¡Qué equivocado estaba! después de unos 15 minutos de recorrido por las callejuelas del pueblo, se detuvo y me ordenó descender del vehículo y seguirlo con mi equipaje. Me llevó a una vieja casa, y después de abrirla me indicó que siguiera y le entregara mi equipaje que en seguida vendría su jefe para hablar conmigo, serían las 9 horas de la mañana de ese domingo. Intenté reaccionar y pedir explicaciones, pero no hubo respuesta alguna; estaba preso en una celda semi oscura, con un colchón sucio raído por cama. Pasaron las horas y el jefe no apareció, luego sin comida y sin saber nada, finalmente en la noche me recosté, sin poder conciliar el sueño.

Al siguiente día lunes, pedí que me llevaran a donde el jefe y me dieran algo de comer pues tenía mucha hambre; no hubo respuesta alguna y ya era de noche. Famélico me recosté a dormir y a eso de la una de la madrugada abrieron de un empujón la puerta y alguien a quien no veía, le ordenó a una persona entrar a mi celda. Era otro preso, a quien le dije: “Hermano, aquí tienes a un compañero, no te asustes”. En la oscuridad, pues no contábamos

con energía eléctrica, nos presentamos y nos contamos un poco de nuestro viaje. MI compañero era un campesino extraditado de Argentina.

Al día siguiente, un martes, pudimos mirarnos y conocernos; yo estaba muy mal pues llevaba dos días sin comer y sin beber agua, por lo cual llamé y pedí que por favor me dieran algo de comer y un poco de agua. Alrededor de la once de la mañana me llevaron un plato de frijoles con arroz y un poco de agua, lo repartimos entre los dos, comiendo con los dedos. En la tarde me llevaron ante otro policía, quien me sometió a un largo interrogatorio durante tres horas.

Al siguiente día miércoles, un nuevo interrogatorio, con preguntas capciosas para hacerme caer en contradicciones, con lo cual me condenarían o extraditarían hacia Argentina. Ocho días pasé con mi compañero en la prisión, a ratos orando y rezando el rosario, en procura de la ayuda de Dios.

Al octavo día, un guardia me dijo: “Mañana domingo partiremos para la Paz, la capital, pues debía responder un interrogatorio en el Ministerio del Interior”; es la cárcel de los presos políticos, pensé yo. Al día siguiente, pedí permiso para retirar algunas prendas y utensilios de aseo de mi valija, y permiso para bañarme, pues estaba en condiciones lamentables.

Muy temprano, serían como las siete de la mañana, me hicieron subir con mi valija y sin comer nada, a un vagón del tren, acompañado de dos guardias que se apoltronaron plácidamente en una camilla doble, haciéndome sentar a mí en el piso.

Después de 24 horas de viaje llegamos a la Paz, era el día lunes de una nueva semana, de allí tomamos un taxi que recorrió el centro de la ciudad hasta llegar a una edificación muy grande, que para mí era la cárcel de los presos políticos, y después de cruzar varios pasillos y puertas me dejaron una celda miserable, más sucia y más pequeña que la del encierro anterior. Al entrar vi manchas de sangre, que de seguro eran de personas torturadas; al medio día me trajeron un plato de comida, después de muchas horas de no comer nada.

Después de tres días de permanencia en esta celda, me llamaron para el interrogatorio. Recuerdo que una de las preguntas fue esta: “¿Usted a qué partido político defiende?”. “El de JC” respondí. “¿Qué significa eso?” a lo cual respondí: “Yo soy del partido de Jesucristo”. Observé que no les gustó la respuesta.

Me interrogaron una vez más y después de diez días de encarcelamiento, una mañana vino el guardia y me dijo: “Venga conmigo, me vas a acompañar” a lo cual le dije: “¿Me permite ir por mis cosas, que no sé dónde están?” Sin hablar, el guardia me llevó a una sala donde se encontraba mi valija, toda revuelta, la ropa por el suelo y faltaban mis libros, unos cuadernos, una grabadora y unos casetes que llevaba para gravar las clases. Al salir un segundo guarda me esperaba en un taxi, el cual me ordenaron abordar; en el taxi pregunté: “¿A dónde me llevan?”. “Hacia la estación terminal de buses” me contestó. Me imaginé que me embarcarían para Cochabamba, el destino final de mí accidentado viaje; no fue así, pues vi a uno de ellos comprar dos boletos, uno para mí y el otro para el guarda acompañante. Abordamos el bus y en el trayecto hacia el altiplano le pregunté: “¿Hacia dónde nos dirigimos?” a lo cual respondió: “Yo solo cumpla órdenes”. Esta respuesta me hizo pensar que me llevaban para la montaña, lugar donde me fusilarían, como había escuchado que hacían con los presos políticos. Me preparé para la muerte, hice mi acto de contrición y me encomendé a Dios. Le dije al guarda quien era yo y cuál el propósito de mi viaje a su país, igualmente que estaban cometiendo conmigo una gran injusticia, pues yo era inocente.

Viajamos toda la noche y llegamos al amanecer al mismo lugar de donde diez días atrás me habían embarcado: Villazón. De la estación me condujo a la misma cárcel y la misma celda donde había estado preso y me dijo: “Ya viene el jefe para hablar contigo, quédese allí”. Cinco horas después vino un soldado y me dijo: “Sígame” y me llevó a Quiaca en la frontera de Argentina entregándome a las autoridades de inmigración de ese país, con quienes conversó reservadamente. “¿Qué ha pasado con Usted en Bolivia? que su pasaporte dice: ‘Expulsado’ por ser persona no grata”. Le expliqué al funcionario todo lo que me había acontecido durante 17 días en Bolivia. A continuación me preguntó por la

cédula argentina, a lo cual le contesté que, desde que me detuvieron no volví a ver mi pasaporte ni mi cédula argentina. Afortunadamente el guarda dio crédito a mi relato y al saber que yo era sacerdote, me dijo: “Hagamos lo siguiente, te llevo a la parroquia y hablamos con el párroco para que te hospede hasta que hagamos averiguaciones sobre Usted en Buenos Aires, en el Ministerio de Inmigraciones, a fin de que certifiquen que tienes cédula argentina”.

Así se hizo y el párroco me recibió, pues conocía al hoy “siervo de Dios” P. Tarcisio Rubin y supo que yo era su colega; seguidamente nos dijo: “Quédate aquí y me ayuda en la Semana Santa”, pues era martes de la Semana Santa. Allí pasé unos días felices reponiéndome de toda mi odisea, hasta que, después de 12 días vino la respuesta positiva y me dieron una nota para, que me presentara en Buenos Aires a inmigraciones, para pedir copia de mi cédula, lo cual realice con éxito.

Muy dolorosa para mí esta tercera etapa, pero que enseñanza tan grande recibí. Experimenté en carne propia lo que es ser un inmigrante en un país que no es el nuestro, lo que es ser un extraño en otro país, lo que es ser tomado por subversivo... y el amor a los inmigrantes creció en mí y con ello mi misión. Rememorando el apóstol San Pablo en la Segunda Carta a los Corintios (cf. 11,23-30): “Pasé por duros trabajos, cansancio, frío, hambre, desprecio, críticas, calumnia, cárcel, peligro, sin dormir, preocupaciones, soledad, angustia, marginación, destierro...”.





*...ogni passo di comunione, mosso dalla fiducia  
nella promessa del Padre, ...*  
(Testo-base della *Traditio Scalabriniana*, 6)

## *Approfondimento*

### **Abramo, ovvero “la fede è partenza”**

Anna Fumagalli, *mss*

È cosa risaputa: la Bibbia, per dire che cos'è la fede, racconta una storia di vita, quella di Abramo. La troviamo nel libro della Genesi, dal capitolo 12 al 25.

Se leggiamo di seguito questi capitoli, vi troviamo un po' di tutto: ripetizioni, incongruenze, contraddizioni... Alcuni racconti ci risultano un po' strani, altri difficili per noi da capire... Se non ci lasciamo scoraggiare dalle prime impressioni, però, e decidiamo di prenderci del tempo per entrare in questi testi – che hanno bisogno di tempo, come gli amici, i figli..., ma anche come ogni approccio serio a qualcosa che non conosciamo – possiamo scoprire la loro profondità, attualità, vicinanza alla nostra esperienza di uomini e di credenti.

In effetti ci troviamo di fronte ad una storia molto significativa, tanto che Abramo – pur in modi differenti – è diventato un punto di riferimento per gli ebrei, per i cristiani e anche per i musulmani. E sono numerosi i pensatori e filosofi che fino ad oggi riconoscono nella storia di Abramo aspetti fondamentali per comprendere il mistero dell'uomo.

## Racconti storici?

Davanti ad una “storia di vita” a ragione ci chiediamo: si tratta di racconti storici? possiamo considerarli una ricostruzione storica dei fatti accaduti? oppure dobbiamo pensare che in essi non ci sia niente di “storico”? Per rispondere a queste domande, dobbiamo riflettere prima di tutto su che cosa intendiamo quando diciamo “storico” e tener presente che “non sempre un *evento reale* è anche *storico*, ossia documentato storicamente in modo attendibile”<sup>1</sup>.

Inoltre, dobbiamo ulteriormente chiederci: è possibile datare e localizzare questi racconti? A questo proposito va ricordato che non abbiamo testi extra-biblici o testimonianze archeologiche che confermino esplicitamente o implicitamente l’esistenza storica di Abramo e degli altri patriarchi dopo di lui. I racconti della Genesi su Abramo non contengono nomi, date, avvenimenti che permettano di datare con precisione l’epoca storica in cui si collocano i fatti narrati.

D’altra parte, ciò che i testi biblici raccontano si inquadra bene in un certo periodo storico e in certo ambiente: essi narrano dunque storie verosimili. Più precisamente, i nomi propri contenuti in quei testi, la supposta geografia, gli usi e costumi praticati, la storia posteriore delle tribù portano a situare i patriarchi nel secondo millennio a.C., tra il 2000 e il 1500. Siamo nell’antica Mesopotamia, cioè nella regione tra il Tigri e l’Eufrate, corrispondente al territorio dell’attuale Iraq: luoghi che recentemente ci sono divenuti noti a motivo dei fatti gravi che vi stanno accadendo, ma che ci rimangono comunque lontani, estranei. È difficile pensare a quelle popolazioni come a nostri parenti..., eppure il nostro “padre nella fede” viene da quelle terre! È significativo che in occasione del grande Giubileo del 2000 il Papa Giovanni Paolo II volesse recarsi in pellegrinaggio proprio in

---

<sup>1</sup> Così Antonio Bonora, “Recenti studi storiografici sui racconti patriarcali (Gen 12 – 36)”, *Teologia* VIII (1983), pag 96.

quei luoghi: non gli è stato permesso, ma è da là che lui voleva incominciare il suo pellegrinaggio in Terra Santa!

Non possiamo dimenticare, inoltre, che si tratta di racconti con un lungo percorso alle spalle, la cui prima tappa certamente fu quella della trasmissione orale. La loro forma attuale è molto più recente dei fatti narrati.

La frammentarietà del testo e la distanza nel tempo ci portano, dunque, a riconoscere che è impossibile che si tratti di una ricostruzione storica, di una cronaca dei fatti! D'altra parte, ciò che abbiamo è più di una cronaca dei fatti: siamo di fronte al racconto della "memoria storica" di ciò che è accaduto, memoria che ha conservato – come si conserva un tesoro prezioso – il senso profondo degli avvenimenti. Tali racconti, infatti, hanno il valore di testimonianza, la testimonianza di una esperienza di fede, accaduta in quel tempo e in quei luoghi: non un'esperienza qualsiasi ma quella originaria, a cui tutti coloro che sono venuti dopo si sono riferiti, un'esperienza che non è finita con Abramo ma che è continuata, come in una corsa a staffetta, di generazione in generazione, fino a noi.

Vale la pena rimetterci sempre di nuovo in ascolto di quella storia di vita, una storia attraverso la quale ci viene detto che cos'è la fede.

### **Una storia di... partenze**

“La fede è partenza!”: sono parole di uno che ha conosciuto da vicino i luoghi di Abramo, don Andrea Santoro (Priverno 1945 – Trabzon 2006), sacerdote della diocesi di Roma ucciso dieci anni fa in Turchia, dove si trovava come missionario *fidei donum*. Nella loro semplicità, queste parole sintetizzano splendidamente la storia di Abramo, non solo perché la Bibbia incomincia a raccontarla con l'avvenimento di una partenza (cfr. Gen 12,1) ma anche perché l'esperienza del “partire” segna tutta la sua storia.

Percorrendo i capitoli della Genesi, allora, vogliamo provare a fermare la nostra attenzione su quelle che potremmo chiamare le partenze “quotidiane” del nostro “padre nella fede”.

### *Poi lo condusse fuori... (Gen 15,5)*

Siamo solo tre capitoli dopo la prima partenza! Abramo era partito con una grande promessa nel cuore, la promessa di una terra e di una discendenza numerosa... Ora lo troviamo dentro la sua tenda, stanco e scoraggiato. Fuori è notte, ma soprattutto lo è nel cuore di Abramo.

È deluso: lui che era partito sulla fiducia nel Signore si trova ora in una terra occupata da altre popolazioni e senza figli, cioè senza prospettiva di futuro. Più volte, leggendo questa pagina insieme a giovani o ad adulti (anche in carcere!), ci siamo detti che non è difficile riconoscerci un po' tutti nella delusione di Abramo. Basta guardare, per esempio, a come vanno le cose nel mondo, a quanto è fragile la pace. Non è difficile riconoscere nella sua delusione anche quella di tanti migranti che hanno investito tutto nel progetto di una nuova prospettiva di vita e che hanno visto crollare il loro progetto. E, anche se Abramo era piuttosto avanti negli anni, possiamo riconoscere in lui anche la situazione di tanti giovani, che non hanno tante prospettive per il futuro e non sanno come realizzare i desideri grandi che hanno nel cuore.

Se, però, guardiamo con un po' di attenzione nella tenda o, meglio, se guardiamo più da vicino il racconto, ci accorgiamo che è scritto quasi per intero nella forma del dialogo. Comprendiamo allora che nella sua delusione Abramo non si chiude, rimane in dialogo con Dio, gli esprime apertamente il suo scetticismo, il suo scoraggiamento, la sua protesta... e anche ascolta. E come continua la storia? Qualcosa cambia decisamente, Abramo è di nuovo pieno di fiducia: *Abramo credette al Signore* (v. 6)<sup>2</sup>.

---

<sup>2</sup> Proprio qui troviamo per la prima volta nella Bibbia il verbo della fede!

Si impone così una domanda: come ha potuto Abramo passare dalla delusione ad una nuova fiducia? Ritornando alla parte centrale del testo, cioè ai vv. 4-5, vediamo che il Signore ribadisce ancora una volta la sua promessa, ma non solo! Il racconto segnala un movimento molto semplice, ma decisivo: Abramo si lascia condurre fuori dalla tenda! È necessario, infatti, che cominci a guardare le cose da un'altra ottica, perché le parole con cui Dio lo rassicura possano entrargli nel cuore e vincere la sua notte.

Abramo accetta di allargare lo sguardo su un orizzonte ampio, di guardare il cielo, pieno di stelle. In questo modo si rende conto di non saper contare le stelle... e questa è la sua fortuna, la strada per riconoscere che chi le sa contare è un Altro, è il Signore (cfr. Is 40,26), Colui che ha un progetto di pace per lui e per tutta l'umanità.

Queste poche osservazioni sono sufficienti per riconoscere che anche qui, come all'inizio della storia di Abramo, è decisiva una partenza: Abramo deve lasciarsi condurre fuori dalla tenda, così da non fare più della propria esperienza, della propria delusione, pur motivata, il punto di vista da cui guardare la vita e il mondo... Nella nuova posizione si aprono davanti a lui orizzonti grandi, che gli regalano la certezza che Dio è fedele alle sue promesse. Allora può nascere in lui una nuova fiducia.

### ***Appena li vide, corse loro incontro... (Gen 18,2)***

Anche per Abramo, però, non è facile continuare a fidarsi quando la promessa tarda ad avverarsi! All'inizio del cap. 18 del libro della Genesi troviamo Abramo seduto all'entrata della sua tenda: chissà che cosa ha nel cuore..., è passato del tempo e nulla è cambiato..., ormai Abramo e Sara potrebbero anche essersi abituati alla loro situazione.

Siamo nell'ora più calda del giorno, quando non si vorrebbe essere disturbati. Abramo è comunque vigile e alza lo sguardo quando percepisce che qualcuno sta passando di lì.

Potrebbe riabbassarlo subito, fare l'indifferente... e invece sceglie di lasciarsi disturbare.

La scena è famosa, ha ispirato artisti come Andrej Rublev e Marc Chagall. Il suo titolo usuale nelle nostre Bibbie è *L'ospitalità di Abramo*, ma il racconto stesso, all'inizio, dà un altro titolo: *Il Signore apparve ad Abramo alle Querce di Mamre*. Che cosa dobbiamo pensare di fronte a questo accostamento? Forse che l'ospite di Abramo sia proprio il Signore?!

Il racconto, di fatto, prosegue così: *Egli alzò gli occhi e vide che tre uomini stavano in piedi presso di lui*. Sorge allora spontanea l'obiezione: che cosa si vuole raccontare qui?! Forse l'ospitalità di Abramo nei confronti dei pellegrini di passaggio?! o forse il momento in cui il Signore stesso si fa presente?! Questo dubbio rimane fino alla conclusione, quando il testo esplicita chiaramente che è il Signore in persona ad annunciare ad Abramo la realizzazione di un sogno impossibile: *Al tempo fissato tornerò da te tra un anno e Sara – non solo ormai molto anziana, ma sterile (cfr. 11,30) – avrà un figlio (v. 14; cfr. anche v. 10)*.

La frase con cui si apre il racconto, dunque, non è fuori posto! Anzi, è messa al posto giusto per avvisare il lettore fin dall'inizio: attenzione, la realtà è più profonda di ciò che si vede, l'incontro che ora verrà raccontato – e proprio la sua misteriosa indeterminatezza lo dice – è più di un incontro con degli sconosciuti venuti da lontano!

Che cosa è successo tra l'arrivo dei pellegrini presso la tenda di Abramo e l'annuncio finale da parte del Signore? È avvenuta una... partenza! Il racconto significativamente fa notare il cambiamento delle posizioni dei personaggi. All'inizio Abramo è seduto, in posizione di riposo, all'entrata della tenda, mentre i tre sconosciuti sono in piedi (v. 2). Alla fine essi sono seduti a tavola sotto l'albero ed Abramo è in piedi vicino a loro (v. 8).

In effetti, sembra che Abramo non trovi pace finché i suoi ospiti non sono serviti. I verbi utilizzati nella narrazione esprimono

con incisività la partecipazione appassionata di Abramo: corre loro incontro (v. 2), poi va in fretta nella tenda da Sara (v. 6), poi di nuovo corre al gregge... (v. 7). Ecco, forse è proprio in questa sua sollecitudine, in questo suo scomodarsi e mettere l'altro al primo posto, che si prepara lo spazio in cui Dio stesso può intervenire ed annunciargli la realizzazione della promessa.

Nella parte finale del racconto (vv. 11-15) l'attenzione è portata su Sara e sulla sua fatica a credere alla bella notizia: la possiamo ben comprendere! Proprio questa fatica, però, è l'occasione perché venga espressa una realtà fondamentale, significativamente in forma di domanda: *C'è forse qualche cosa d'impossibile per il Signore?* (v. 14). Poi il racconto ritorna brevemente sulla paura di Sara e si chiude. La domanda rimane aperta. La risposta la dovranno dare Abramo e Sara. Questo Dio davvero non vuole fare da solo! Là dove trova chi crede che a Lui niente è impossibile, chi dà a Lui di conseguenza tutta la libertà, lì interviene. E allora la promessa si realizza.

### ***Prendi tuo figlio... (Gen 22,2)***

Siamo di fronte ad un testo difficile, scandaloso: racconta di un Dio che chiede che venga sacrificato un ragazzo! Questo, certamente, non lo possiamo accettare e abbiamo tutta la Bibbia dalla nostra parte. Il grosso problema è: può Dio chiedere un sacrificio umano?! Certamente no! E allora, qual è il senso di questo racconto?<sup>3</sup>

Diversi sono i tentativi di interpretare il racconto cercando di "risolvere" lo scandalo. Alcuni studiosi, per esempio, lo spiegano facendo riferimento all'esperienza della tentazione: "Non era Dio a chiedere di sacrificare Isacco, si trattava di una tentazione ed Abramo non l'ha riconosciuta. Prima di dire che è Dio a chiedere, bisogna vedere bene...". Altri affermano che il racconto è stato costruito in polemica con l'uso pagano, cananeo, dei sacrifici

---

<sup>3</sup> Per queste riflessioni devo molto alla prof. Bruna Costacurta.

umani, proprio per affermare che i sacrifici umani non si devono fare. Nella stessa linea altri ancora precisano che il racconto rispecchia il momento della storia del popolo – e in genere dell’umanità – in cui sono stati aboliti i sacrifici umani e li si sono sostituiti con sacrifici di animali.

Queste interpretazioni, come anche altre, sono in grado di offrire dei buoni spunti di riflessione. Ciò che le accomuna però è comunque il tentativo di rendere il racconto più “ragionevole”, correndo così il rischio di allontanarsene. Se vogliamo essere lettori rispettosi, però, ci è chiesto di avvicinarci al racconto così com’è, un racconto che già alle prime battute vuole darci esso stesso una chiave di interpretazione: “Dio mise alla prova Abramo” (v. 1). Colui che si era fidato del Signore, dunque, viene messo alla prova e l’iniziativa è di Dio. Siamo dunque di fronte alla prova della fede. E di nuovo è raccontata una partenza, la più drammatica!

In che senso Dio mette alla prova il credente? Come dobbiamo comprendere la “prova” che viene da Dio? Certamente non è qualcosa che Dio “costruisce” e “manda” per vedere come l’uomo reagisce, per vedere cosa succede, per farci crescere, per rafforzarci nella fede... Se la pensiamo così, significa che di Dio abbiamo un’idea orribile: quella di un padre che fa in modo che il figlio cada e si faccia male, così che si possa rafforzare nel carattere! Pensiamo all’inizio del libro di Giobbe: non Dio ma Satana costruisce la prova in questo modo!

Diversamente fa Dio: egli mette alla prova per il fatto di essere Dio, mai totalmente comprensibile. Non possiamo racchiudere Dio nei nostri schemi! Per questo la relazione con Lui mette necessariamente alla prova l’uomo, lo porta oltre il suo modo di pensare e lo mette nella situazione di doversi fidare, di accogliere anche ciò che non vede o non comprende. La fede è prova perché è fede! Se la fede non fosse anche “prova”, sarebbe completamente alla nostra portata, identica al nostro modo di pensare. Dio, allora, sarebbe un dio fatto a nostra immagine. In questo caso, sarebbe più onesto chiamarlo idolo! La “prova” è quell’esperienza che ci



costringe a fidarci di Qualcuno, le cui strade sono diverse dalle nostre (cfr. Is 55,8-9). È semplicemente il cammino della fede!

Significativamente il racconto della “prova” incomincia per Abramo allo stesso modo in cui era incominciato per lui il cammino della fede: in entrambi i casi si tratta di partire per un luogo che Dio stesso indicherà (cfr. Gen 12,1 con Gen 22,2!). Anche il comando “va” è formulato allo stesso modo e in una forma che ricorre solo in questi due testi.

I richiami così precisi alla prima partenza, al momento della chiamata e della promessa, ci mettono sulla giusta pista! Comprendiamo che il racconto vuole mettere a tema l’esperienza della contraddizione: questa nuova partenza contraddice radicalmente la prima!

Isacco infatti è per Abramo non solo un figlio ma l’unica possibilità per diventare davvero quel grande popolo che Dio aveva promesso! Per Abramo, cioè per il credente, è dunque il momento della contraddizione, è la smentita della promessa! Eppure, a questo punto della storia, sembrava di essere arrivati a poter dire: “Abramo aveva fatto bene a fidarsi!”. Ed invece, ecco che capita qualcosa di terribile, di inspiegabile!

Attraverso il racconto di un fatto assurdo – certamente per noi, forse meno per quei tempi – ci è presentata, dunque, un’esperienza che conosciamo: quella della fede contraddetta, il momento in cui la nostra fiducia nella bontà della vita viene smentita!

In effetti, nella vita non è difficile incontrare la contraddizione: pensiamo all’esperienza della malattia che arriva inaspettata in una famiglia e colpisce il più giovane..., oppure pensiamo alla rottura di relazioni che sembravano solide..., o ancora al fallimento di un progetto che avrebbe portato del bene a tanti... In quei momenti, ciò che di Dio si è capito fino a ieri non basta più, anzi va rimesso in discussione! È il momento in cui la fede è costretta ad aprirsi a ciò che non si comprende, al mistero, a

ciò che ancora non si conosce... Allora fidarsi significa davvero fidarsi! Ci si accorge che bisogna andare oltre, che c'è qualcosa di nuovo da scoprire.

Come reagisce Abramo in questa situazione? Lui che in altri momenti era stato scettico, aveva protestato, avere preso diverse iniziative, ora entra in una obbedienza silenziosa. E su questa strada, fatta di adesione senza condizioni, quello che sembrava essere un cammino di morte diventa uno spazio perché la promessa risuoni ancora più grande (vv. 15-18).

È la stessa esperienza che farà il popolo in fuga durante l'uscita dall'Egitto, cioè davanti al Mar Rosso, quando sembra che l'essere usciti li abbia portati a morire (cfr. Es 14). Alle spalle l'esercito del faraone, davanti il mare! In questa situazione viene spontaneo gridare: "Perché ci siamo fidati?!". Qui è Mosè che aiuta il popolo ad entrare in un silenzio pieno di attesa. E in modo del tutto inaspettato quella situazione di morte si trasforma in una via di vita: le acque del mare si aprono e il popolo passa all'asciutto!

Sia per Abramo come per il popolo uscito dall'Egitto l'esperienza della contraddizione, della promessa smentita mette in crisi! La crisi però apre alla possibilità di una nuova esperienza di Dio, molto più grande di quella in cui si era cercato di racchiuderlo.

In effetti, il versetto conclusivo del nostro racconto (v. 19) ci fa notare una novità: mentre lungo tutto il racconto Abramo e Isacco erano insieme, ora viene nominato solo Abramo! Se da una parte la trama del racconto ci assicura che anche Isacco è tornato, dall'altra l'omissione del riferimento ad Isacco fa sì che sembri che Abramo sia tornato da solo! Qualcosa, dunque, è cambiato nella vita di Abramo! Egli, che aveva ricevuto Isacco in dono da Dio, aveva corso il rischio di concentrarsi sul dono, di identificare Dio con i suoi doni: Dio è colui che mi dà Isacco! Ora, invece, Abramo è libero, la sua relazione con Dio non dipende dai doni!

Quello corso da Abramo è il rischio di ogni credente! L'esperienza della contraddizione, allora, pur dolorosa, è una vera

fortuna: è la strada attraverso cui Dio non si lascia chiudere nei nostri schemi di comprensione e ci apre all'imprevedibile!

### **La chance nascosta in ogni partenza**

Se la storia di Abramo ci testimonia che “la fede è partenza”, allora ogni partenza ci può aiutare ad intuire qualcosa dell'esperienza autentica della fede. Lo possiamo toccare con mano quando ci mettiamo in ascolto di chi, per tante situazioni diverse, ha dovuto partire dal proprio paese e, pur in mezzo a tanto travaglio, ci testimonia una fiducia insospettabile.

Allo stesso tempo ci accorgiamo che la vicenda di Abramo può illuminare anche oggi l'esperienza del partire, quell'esperienza che migranti e rifugiati, ma anche coloro che si fanno loro compagni di viaggio, conoscono da vicino in tutta la sua durezza.

La storia di Abramo, infatti, ci permette di intravedere la chance che è nascosta in ogni partenza. Seguendo il suo cammino, abbiamo potuto scoprire che, di partenza in partenza, il nostro “padre nella fede” ha imparato a vivere come chi ha per patria la fiducia in Lui.

In effetti, come era stata indicata la meta al momento della prima partenza? Dobbiamo andare a Gen 12,1: *...verso la terra che io ti indicherò*. In altre parole: non si trattava di obbedire ad un programma da attuare, ma di una fiducia da accordare ad ogni passo. Senza quella fiducia il viaggio di Abramo improvvisamente sarebbe stato senza meta, senza nemmeno la possibilità di individuare in quale direzione fare il prossimo passo e Abramo avrebbe finito presto per chiedersi perché mai era partito. Come abbiamo potuto vedere, il vero frutto del suo viaggio, quello che attraverso tanti avvenimenti stava maturando, era proprio la relazione viva con quel Tu che lo aveva chiamato a partire.



*Enviados para anunciar o amor universal do Pai e para servir, a nossa peregrinação terrena comporta uma constante emigração, saindo de nós mesmos em direção ao outro, para partilhar com ele o pão da nossa vida de batizados e de consagrados, para lavar com humildade os pés do viandante, para perfumar o hóspede inesperado com o nardo precioso, para parar e olhar com olhos de amor os peregrinos feridos ou ofendidos na própria dignidade, tratando-os com ternura e com a determinação de Jesus, o bom samaritano.*  
(Texto base da *Traditio Scalabriniana*, 4)

## ***Meditação***

### **A compaixão: modo de ser de Jesus e nosso**

Irmã Zenaide Colle, *mcs*

*“Que te agradem as palavras da minha boca e o meditar do meu coração chegue à tua presença, Javé minha rocha e redentor” (Sl 18,15)*

Refletir e meditar para entender e compreender nosso modo de ser e atuar cristão e missionário à luz da parábola do bom samaritano (cf. Luc 10, 25-37)<sup>1</sup>.

Inspirada nos passos da leitura orante da palavra de Deus, nos aproximamos dos personagens que compõe o cenário deste relato bíblico. Permitamos que esta palavra entre, ecoe e aqueça

---

<sup>1</sup> Meditação inspirada em anotações do Evangelho, na espiritualidade e mística scalabriniana e reflexões de Pe. José Antonio Pagola.

nosso coração e, ao mesmo tempo, deixemos-nos interpelar pelas atitudes do samaritano.

Ele percebe, vê, se aproxima e se detém frente ao caído, às margens do caminho. Minha atitude é de bom samaritano quando me detenho junto ao migrante e todas as pessoas que foram e são lesadas em seus direitos e passam por um e outro sofrimento e, portanto, necessitam de minha atenção e ajuda.

Compadece-se. Ser bom samaritano é deixar-se comover pela necessidade do outro. Ter um coração sensível, terno, compassivo, acolhedor, serviçal.

O outro, o que sofre, necessita de cuidado, o que nos leva a ações concretas: dispor de tempo, dos bens pessoais, da solidariedade e colaboração de outras entidades de bem público, convocadas e envolvidas no processo de sanar os caídos nas margens de tantos caminhos.

A parábola também recorda a condição de fragilidade do ser humano, assim como indica que os seguidores de Jesus são convidados a descobrir a importância do cuidado e o grande apelo do Evangelho: reconhecer e aceitar a condição de fragilidade e de vulnerabilidade de todo ser humano e libertar-se do temor da proximidade sanadora do outro. Esta fragilidade se cura mediante a aproximação daquele que se dispõe a cuidar do debilitado. Cuida-se da própria vulnerabilidade quando se consente a proximidade do outro. Também a parábola nos leva a meditar sobre a solidariedade e a vulnerabilidade a que todos estamos condicionados desde a criação. Imagem e semelhança de Deus, mas marcados pela matéria que somos feitos: húmus, barro da terra. Portadores da dignidade de Deus, mas modelados pela fragilidade, pela precariedade, marcados pela criaturidade, pela interdependência e não pela autossuficiência.

Samaritano é aquele que, frente à necessidade do outro, acolhe, se deixa transformar por ela, não só cuidando do ferido, mas mudando seus planos em favor do atendimento ao necessitado.

A imagem do bom samaritano assume a condição de modelo para a ação evangelizadora da Igreja, em todos os campos das políticas públicas. Seguindo o exemplo da parábola, “na comunhão com Cristo morto e ressuscitado, a Igreja se transforma em lugar de serva; lugar de esperança, no qual todo o migrante, peregrino cansado, enfermo, que busca sentido para o que está vivendo, pode assumir, de maneira saudável e salvífica, seu sofrimento e sua morte à luz da ressurreição”.

O espírito do samaritano deve impulsionar a missão da Igreja, a qual, como mãe amorosa e atenta se aproxima dos doentes, dos migrantes, dos feridos em seus direitos e necessidades, de todos os que se encontram jogados e caídos às margens do caminho. E com solicitude materna os acolhe, os cuida, infunde-lhes força, esperança, alegria de viver. Sim, pois o migrante, o ferido é teu irmão, alguém que te pertence e que necessita de tua atenção e ajuda.

## **O próximo**

O mestre da lei esperava que Jesus lhe indicasse o limite exato do dever a cumprir, do seu dever. A quem deveria atender? Os da família, os irmãos de raça, a outros talvez?

É significativo que Jesus conclui seu relato com outra pergunta diferente da primeira. Qual destes três foi o próximo? É como se dissesse: Não calcule para saber quem é teu próximo e sim te deixe levar pelo chamado, pela intuição que sentes em ti e faça-te próximo do teu irmão. Enquanto consideramos a lei do amor ao próximo como uma obrigação, não será este o amor que Deus quer.

O amor não consiste somente em comover-se ante a miséria do outro. O samaritano se deteve e se deu conta que perigoso era aquele lugar, atuou, pagou e se comprometeu a custear tudo o que era necessário. Ao assumir o verdadeiro gesto de “caridade” se arriscou sem reserva, nem cálculo e isso com um desconhecido.

Martin Luther King, oportunamente recordava que o amor não se conforma com aliviar ao que sofre. O desafio atual é ser presença ativa junto dos que caem no caminho de Jericó, o qual vai se alargando e deve ser reassumido de outra maneira para que homens e mulheres não sigam sendo agredidos e despojados continuamente, enquanto vão avançando pelos caminhos da vida.

Mais uma vez, Jesus nos faz ver que, por vezes, os que se dizem funcionários/ministros da religião e cumpridores da lei não sabem amar. Foi nada menos que um samaritano, isto é, um estrangeiro, que os judeus consideravam um herege que socorreu e assumiu o homem ferido. O amor deve ser autêntico e sem fronteiras. Não se identifica com o formalismo do sacerdote e do levita que, com o pretexto de pureza religiosa, evitam o contato com o ferido pelos salteadores. Ao contrário este amor autêntico e sem fronteiras se encontra no samaritano, o excluído da comunidade judia. Na parábola da vide e dos ramos, que nos convida a ficar unidos a Ele, esclarece que dependemos totalmente dele, Jesus torna a falar do seu mandamento: o amor. Há uma ordem na construção da vida cristã.

O amor ao próximo só é possível se tivermos assimilados os sentimentos de Cristo. “Tende em vós os mesmos sentimentos de Cristo Jesus” (Fil 2,5). A pergunta não é: Quem é meu próximo? E sim: Quem está necessitado de que me aproxime me faça próximo e responda à sua necessidade? É o sofrimento de qualquer ser humano, em especial do migrante, do refugiado, caído, indocumentado e violado em seus direitos básicos, que há de nos ensinar como atuar com amor compassivo. Se a misericórdia divina pode chegar até um ferido, caído no caminho, não através dos representantes religiosos de Israel, senão pela atuação compassiva de um herege samaritano, teremos que suprimir sectarismos e ódios seculares para começar olhar-nos reciprocamente com olhos compassivos e coração atento ao sofrimento dos abandonados ao longo dos caminhos. Sem estas mudanças nunca reinará Deus em nosso meio e jamais os caídos serão atendidos.



## **Como aplicar a parábola à nossa ação evangelizadora**

Ao ouvir falar de um migrante, refugiado, despojado, de uma maneira ou outra, de seus direitos de migrar livremente e deixado à beira do caminho, o nosso coração de scalabrinianas/os, de agentes de pastoral migratória, membros da Igreja local e universal se enche de simpatia, compreensão, compaixão e piedade. Ele é vítima de um sistema, da indiferença, deixado em caminhos solitários e que necessita de atenção e ajuda. Como não sentir compaixão e mudar nosso itinerário em direção a ele? Para ser bom samaritano não necessariamente é preciso ser ministro do templo, com um ministério definido para exercer funções religiosas.

A parábola inverte tudo. Os representantes do templo passam de largo, ignorando o ferido. O odiado inimigo resulta ser o salvador. O reino de Deus se faz presente, onde as pessoas agem com misericórdia. Até um inimigo tradicional, renegado por todos, pode ser o instrumento e encarnação do amor compassivo de Deus. A mensagem de Jesus se constitui em verdadeira revolução e um desafio para todos. A misericórdia de Deus tem que se estender até os inimigos de Israel, esquecendo prejuízos, inimizades seculares.

Como entender e viver uma religião como a do templo que leva ao ódio e ao sectarismo? Reordenar tudo, dando primazia à misericórdia. E chegar, inclusive a ser “desleal” com o próprio grupo para identificar-se com o sofrimento de qualquer ferido-migrante caído à beira da estrada. É isso Reino de Deus.

### **Atuar como bom samaritano**

Jesus experimenta o mistério de Deus como compaixão. Deus tem entranhas de mãe. A compaixão é o modo de ser de Deus, sua primeira reação diante de suas criaturas, sua maneira de olhar o mundo e de tratar as pessoas. Deus atua movido por sua compaixão. As parábolas mais comovedoras são as que Jesus narrou para fazer compreender a todos a compaixão de Deus para com seus filhos/as. Movido por esta experiência, Jesus vai

introduzindo na história humana um novo princípio de atuação: a força para impulsionar o crescimento do Reino de Deus no mundo há de ser a compaixão do Pai “Sede compassivos como vosso Pai é compassivo” (Luc 6,36).

O povo judeu tinha outro princípio para orientar sua conduta: “Sede santos porque eu, o Senhor, vosso Deus sou santo” (Lev 19,2). E todos tinham que imitar a santidade do Deus do templo: um Deus que ama seu povo, porém rejeita os pagãos; que abençoa os que cumprem a lei, porém maldiz os pecadores; que acolhe os puros, porém aparta os impuros. Jesus capta logo a mensagem. Esta experiência do Deus “santo” não corresponde a sua experiência de um Deus acolhedor e compassivo com todos. É a compaixão de Deus que há de inspirar e motivar quem acolhe o projeto do Pai. Jesus não nega a “santidade” de Deus, porém o que qualifica essa santidade não é a rejeição dos pagãos, a maldição dos pecadores ou a separação dos impuros. Deus é grande e santo porque ama a todos, sem excluir a ninguém de sua compaixão.

A parábola nos permite compreender em que consiste ser compassivo como o Pai. O mestre da lei lhe interessa saber a quem tem obrigação de amar e a quem pode excluir de seu amor. Não pensa no sofrimento da gente, não conhece a compaixão em relação aos que sofrem.

Jesus, que vive aliviando o sofrimento de quem encontra em seu caminho, rompendo, se for preciso, a lei do sábado ou as normas de pureza, responde ao doutor com um relato, mostrando como atua quem vive movido pela compaixão do Pai. Um homem assaltado, despojado de tudo, fica à beira do caminho, semimorto, abandonado à sua sorte: Não sabemos quem é. Só sabemos que é um “homem”. Podia ser qualquer um de nós, um migrante. Qualquer ser humano abatido pela violência, a desgraça, o abandono.

Os primeiros a chegar – um sacerdote, logo um levita. São pessoas religiosas. Vivem a serviço do Deus santo do templo. Sem dúvida se compadeceriam dele. Porém, não é assim. Ao ver o ferido, ambos fecham seus olhos e seu coração. Para eles aquele

homem semimorto é como se não existisse: Veem o ferido, dão meia volta e seguem. Sua falta de compaixão não é só uma reação pessoal, pois ambos fazem o mesmo. O relato sugere que é a tentação que cega aqueles que se dedicam ao sagrado: viver longe do mundo real, onde a gente luta, trabalha e sofre. Provavelmente seguem seu caminho, ocupados em ser santos, cumprindo a lei. Em seu horizonte não estão os que sofrem na beira do caminho.

De longe aparece outro viajante. Não é sacerdote, nem levita. Não vem do templo, nem sequer pertence ao povo eleito. Para os ouvintes da parábola é um desprezado samaritano. O ferido pode esperar dele o pior. No entanto, sua atuação surpreende a todos. A cena é descrita com todos seus detalhes: Ao chegar junto a ele o *viu*, se *comoveu* e se *aproximou*. Esta é sempre a primeira reação de quem vive movido pela compaixão. Em seguida, faz tudo o que pode para o ferido: desinfeta suas feridas com vinho, as cura com azeite e as protege com faixas. Depois o coloca em seu cavalo e o leva à hospedaria. Cuida dele pessoalmente e garante que continue sendo atendido e assume os gastos. Esta atuação do samaritano nos revela e ensina a dinâmica da verdadeira compaixão: o olhar compassivo - a proximidade - o comportamento dos gestos.

## **O olhar compassivo**

Nossos olhos são as janelas pelas quais tomamos contato com a realidade. Quantas vezes diante de certos acontecimentos ou pessoas, nossos olhos se turvam escurecendo todas as nossas palavras e atitudes dirigidas àquilo e aqueles que estamos vendo. Há experiências acumuladas em nossa mente e coração que esclarecem ou escurecem nossos olhos perante situações que se apresentam diante de nós. Preconceitos, traumas, heranças familiares e tantas outras coisas, agem em nós de forma impressionante, determinando a forma com que olhamos aquilo que nos cerca.

O samaritano sabe olhar o ferido com compaixão. É a primeira atitude. A compaixão não brota da atenção à lei ou a respeito dos direitos humanos. Desperta em nós desde o olhar atento e responsável com o que sofre. Este olhar nos liberta do egoísmo, da indiferença. Os evangelhos recordam com frequência o olhar compassivo de Jesus (cf. Luc 7,13; Mat 9,36; 14,14; Luc 22,47-62).

Jesus ainda age desta mesma forma compassiva. Mesmo que sejamos covardes, medrosos, indecisos, infieis, o olhar de Jesus é um olhar de amor, um olhar que nos recoloca no nosso lugar; convida-nos ao reencontro, nos reanima. O olhar de Jesus é cheio de vida e capaz de vivificar os corações cansados de homens e mulheres que o querem seguir, mas hesitam diante das dificuldades e das fugas que fazemos de nós mesmos, dos outros e do Mestre.

## **A aproximação**

O olhar leva a aproximar-se ao que sofre. O samaritano se aproximou ao ferido, se faz próximo. O Mestre da lei havia perguntado a Jesus: Quem é meu próximo? O samaritano não pergunta se aquele desconhecido, semimorto é seu próximo ou não. Sabe que é um ser humano que o necessita perto. Não necessitamos saber mais. Quem olha as pessoas com compaixão não pergunta quem é meu próximo, a quem devo amar. Pergunta-se, sim, quem está necessitado de que eu me aproxime e me faça seu próximo, qualquer que seja sua raça, sua origem, sua religião, sua ideologia.

## **O comportamento de seus gestos**

O samaritano não se sente obrigado a cumprir um determinado código legal. Simplesmente responde a situação do ferido, inventando toda classe de gestos orientados a aliviar seu sofrimento e restaurar sua vida. Jesus passou sua vida inteira, semeando gestos de bondade. Não tinha poder político nem religioso. Não pôde resolver as injustiças que se cometiam na

Galileia, porém viveu inventando gestos de bondade para mudar aquela sociedade. Abraça as crianças das ruas porque não quer que os seus vivam como órfãos; abençoa os enfermos porque não quer que se sintam rejeitados e culpados; toca os leprosos porque não quer que ninguém os exclua da convivência humana; cura rompendo a lei do sábado para que todos saibam que nem a lei mais sagrada está acima da atenção daquele que sofre.

Estes gestos de Jesus não são convencionais. Nasceram de sua vontade de fazer um mundo mais amável e solidário, no qual as pessoas se ajudem e se cuidem mutuamente. São gestos orientados a afirmar a vida e a dignidade dos seres humanos. É este o mundo querido pelo Pai.

### **Vá e faz tu o mesmo**

Agora sabemos o que temos que fazer: Não dar voltas diante de ninguém que esteja sofrendo, abrir os olhos, olhar atentamente para os caídos à beira dos caminhos, levantar os feridos, viver curando os que sofrem. A compaixão não é somente um sentimento do coração. Não consiste em fazer, de vez em quando, uma “obra de misericórdia”. Segundo Jesus, a compaixão é o princípio de ação que há de inspirar e impulsionar nosso trabalho para estender o Reino de Deus. Da confiança na ação de Deus e da força transformadora de quem vive as atitudes, critérios e valores evangélicos vai crescendo o Reino de Deus entre nós, o qual se manifesta, em especial, no modo de atuar simples e cotidiano, em favor das pessoas mais vulneráveis, mais necessitadas.

Vivendo os elementos fundamentais da espiritualidade scalabriniana – *acolhida, itinerância, comunhão na diversidade* – nos capacitaremos a sermos, sempre mais, compassivos e atuarmos conforme o ensinamento da parábola do bom samaritano.

*Acolhida* – Servir a Deus na pessoa do migrante em atitude permanente de aproximação, acolhida, atenção e ajuda. Esta característica scalabriniana torna visível o desejo de universalidade

que levamos dentro, acreditando profundamente que somos irmãos, filhos do mesmo Pai, independente de raça, estrato social, cultura, religião.

*Itinerância* – Ser pessoa que peregrina é estar atenta às maravilhas do caminho, assim como perceber os que se alinham às margens das estradas, por vezes, caídos, entregues às vicissitudes do tempo, abandonados às suas precárias possibilidades de seguir o caminho com esperança, buscando novas possibilidades para viver dignamente, desfrutando do direito de organizar sua vida com dignidade.

*Comunhão na diversidade* – A espiritualidade de comunhão significa em primeiro lugar ter o olhar do coração voltado para o mistério da Trindade, que habita em nós e cuja luz há de ser percebida também no rosto dos irmãos que estão ao nosso redor. Significa “a capacidade de sentir o irmão de fé na unidade profunda do Corpo místico, isto é, ‘um que faz parte de mim’”<sup>2</sup>. Investir sobre uma espiritualidade no Espírito é reconhecer que a comunhão não é uma meta a alcançar com nossos esforços, mas uma fonte – nada menos do que a comunhão trinitária, na qual podemos buscar luz e força para responder aos desafios atuais com escolhas proféticas<sup>3</sup>.

O caminho da caridade que se abre diante de nós é infinito, porque se trata de perseguir a acolhida e a atenção recíproca, de praticar a comunhão dos bens materiais e espirituais, a correção fraterna, o respeito pelas pessoas mais fracas. É a “mística do viver juntos”, que faz de nossa vida uma santa peregrinação.

Devemos nos interrogar também sobre a relação entre pessoas de culturas diversas, considerando que as nossas

---

<sup>2</sup> *Novo Millennio Ineunte*, n. 43 (cf. também *Partir de Cristo*, n. 29).

<sup>3</sup> “Espero, diz o papa Francisco na Carta Apostólica às Pessoas Consagradas (21 de novembro 2014), que a ‘espiritualidade de comunhão’, indicada por São João Paulo II, se torne realidade e que vós estejais na vanguarda abraçando ‘o grande desafio que nos espera’ neste novo milênio: ‘fazer da Igreja a casa e a escola da comunhão’”.

comunidades, nossos grupos de pastoral se tornam cada vez mais internacionais. Como admitir a cada um de manifestar-se e de ser acolhido com seus dons específicos, de tornar-se plenamente corresponsável? O que é a comunhão e como a vivê-la no próprio chamado de discípulo do Senhor? A comunhão é feita de escuta, de acolhida do outro, assim como ele é. A comunhão é um desafio que se alcança muito lentamente. É uma dimensão frágil de nossa vida e de nossas relações, porque é necessário muito tempo para construí-la, mas pouco para rompê-la.

Vivemos nossa vida em uma perene tensão: Viver o desejo de comunhão com Deus e com os irmãos, e vencer os egoísmos e as tentações que levamos dentro. Cada pessoa, cada discípulo de Jesus é chamado a viver esta comunhão. Em Cristo somos e podemos nos tornar sempre mais um “corpo” em comunhão (cf. Rom 12,5).

Este amor-comunhão bem se expressa na canção: “Três coisas tem o Amor e que não se pode esquecer: *Deus nos amou primeiro; Dar-se por inteiro - A doação é total; Colocar-se a caminhar - Sair de si*”.

### **Oração do bom samaritano**

*Senhor, tu és o bom samaritano!*

*Tu foste o primeiro em fazer-te próximo do ser humano.*

*Tu te aproximas sempre que nos vês caídos e feridos no caminho.*

*Quando eu me pergunto quem é meu próximo,*

*Tu, pacientemente me mudas a pergunta e me dizes:*

*De quem te fazes próximo?*

*Tu percebes a mudança que necessitamos:*

*Sair de nosso velho egoísmo,*

*Romper nosso pequeno mundo de bem estar,*

*Sair cada manhã com os olhos bem abertos*

*Ao encontro de quem Tu colocas em nosso caminho:*

*\* a vizinha viúva e sem recursos,*

*\* a greve que perturba minha paz,*

*\* o estrangeiro com o qual não quero falar...*

*Dá-nos, Senhor, um coração compassivo!*





## INDICE

Presentazione.....	p. 5
<b>Testimonio</b>	
Mi estación de Milán	p. 9
<i>P. Sergio Olivo Geremia, cs</i> .....	
<b>Approfondimento</b>	
Abramo, ovvero “la fede è partenza”	p. 17
<i>Anna Fumagalli, mss</i> .....	
<b>Meditação</b>	
A compaixão: modo de ser de Jesus e nosso	p. 29
<i>Irmã Zenaide Colle, mscs</i> .....	

*A cura di*  
**Missionari di San Carlo – Scalabriniani**  
**Suore Missionarie di San Carlo – Scalabriniane**  
**Missionarie Secolari Scalabriniane**

I contributi, qui pubblicati nella lingua originale, saranno disponibili anche in altre lingue.  
Per il testo-base della *Traditio* Scalabriniana si veda il n. 1 (giugno 2005)



**Mi estación de Milán**

*P. Sergio Olivo Geremia, cs*

**Abramo, ovvero “la fede è partenza”**

*Anna Fumagalli, mss*

**A compaixão: modo de ser de Jesus e nosso**

*Irmã Zenaide Colle, mscs*

